

MISIÓN de la JUVENTUD

EN un Congreso celebrado en Atenas deliberaron las Supremas Potestades sobre la relajación de coctumbres que, cual impetuoso torrente que se desborda en los riscos de los Pirineos, minaba, socababa y arrasaba los fundamentos de la Patria. Un anciano senador, después de haber escuchado atentamente los dictámenes y pareceres de sus colegas, se levanta de su asiento, compendia su brillante y patriótica arenga, arroja una manzana podrida en presencia de todos los espectadores, y dice: «Aunque esté podrida, todavía quedan las pepitas; sembradlas y cuidado de ellas».

Desgraciadamente, vivimos en un tiempo en que los valores morales han descendido sensiblemente en el termómetro de la vida pública. El amor a la Patria, al sacrificio, la honradez, la entereza, son palabras huérfanas, sin sentido. Se habla mucho de todo eso. Siempre los consabidos tópicos. Pero, como dice el patriarca de las tierras catalanas, Torras y Bages, cuando se habla mucho de una cosa, **señal es que escasea**. ¡Qué pocos hay en cuyos pechos arda la llama, el fuego del verdadero patriotismo! ¡Qué reducido es el número de los hombres enteros! ¡Cómo resuenan en nuestros días con trágico acento las lúgubres quejas del vate latino, Horacio!:

«Aetas parentum peior avis
tulit nos nequiores, mox daturos
progeniem vitiosiore»:

«Los tiempos de nuestros padres son inferiores a los de nuestros abuelos. Somos peores que nuestros antepasados. Lo más triste es que nuestros sucesores todavía valdrán menos.»

Los grandes ingenios de nuestros días se han percatado de este defecto capital de nuestra época, y han dado la voz de alerta. El **Padre Didon**, alma y vida de la juventud francesa, escribía no hace muchos años: «Nuestro tiempo sólo conoce caracteres de goma; ya no sabe lo que es el acero y bronce de las voluntades». Papini ha dicho: «La mayoría de los hombres están mutilados; son fracciones de hombres. Veo sólo vivientes, cabezas y manos, pero no veo a ningún hombre sobre la tierra». Emerson, completando el pensamiento de Papini, nos advierte: «Son esbozos de hombre». Kierkegaard concluye: «Son necesarios dos, para formar uno». Si se quisiera comprobar algún experimento cien-

tífico, en que fuera necesaria la rarefacción del aire, no habría que practicar el vacío. Cunde por todas partes dentro del ambiente social. No son esos los hombres que necesita la Patria: enclenques, volubles, carcomidos por el veneno corrosivo de la ambición, el vicio y la maldad. Son las manzanas pasadas, podridas, del ágora de Atenas.

El que dió la idea de dedicar el número extraordinario de «Vallés» a la juventud de Granollers, le consta que en medio del fausto, sibaritismo, molicie y corrupción de las esferas sociales, los jóvenes son aquellas «pepitas» sanas y frescas que llevan en sí los gérmenes del porvenir de la nueva España. «Salus Reipublicae, suprema lex esto», decían los Romanos. Por eso nuestro Caudillo y todos los que con él comparten la difícil tarea de gobernar al pueblo español, posponen todo, cifran su última aspiración en formar una juventud selecta. De ahí su obra predilecta: el Frente de Juventudes.

Una juventud fuerte, una juventud robusta, lozana, constituye una barrera infranqueable, es la mejor garantía de la seguridad de las fronteras nacionales. Esa es la misión de la juventud.

Jóvenes que puedan repetir en los trances difíciles de la vida, lo que Napoleón, entre los estampidos del cañón, el tableteo de las ametralladoras y el fragor de la batalla: «Todavía no se ha fundido la bala que ha de atravesar mi corazón.»

Jóvenes merecedores del elogio que el Autor de la «Ilíada» Homero, hacía de los de su tiempo: «¡Qué hombres aquellos que conocí en mi juventud! ¡Nunca nacerán otros tales!

Jóvenes **superhombres**, no en el sentido de Nietzsche, sino en el sentido cristiano, es decir, superiores a las bajezas, pasiones y miserias de los demás hombres.

Jóvenes sanos, llenos de bríos, pletóricos de vida, de convicciones arraigadas, de nobles ideales, abnegados, firmes como la roca que calcina el rayo. Esos son los jóvenes que necesita España. Esas son las pepitas que hay que sembrar, cuidar y cultivar. Esa es la misión de la juventud: subsanar lo viejo y caduco, corregir lo defectuoso, ensanchar los horizontes del Imperio, asegurar el bienestar, procurar el porvenir, convertir a España en nación una, en nación grande, en nación libre.

P. CASTRO